Alambique. Revista académica de
ciencia ficción y fantasía / Jornal
acadêmico de ficção científica e
fantasia

Volume 3 | Issue 1

Article 5

La escritura como recreación del cosmos narrativo de la infancia: entrevista a Rodolfo Martínez

Ruben Varona

Texas Tech University, ruben.varona@ttu.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/alambique>

Part of the [Modern Literature Commons](#)

Recommended Citation

Varona, Ruben (2015) "La escritura como recreación del cosmos narrativo de la infancia: entrevista a Rodolfo Martínez," *Alambique. Revista académica de ciencia ficción y fantasía / Jornal acadêmico de ficção científica e fantasia*: Vol. 3 : Iss. 1 , Article 5.

<http://dx.doi.org/10.5038/2167-6577.3.1.5>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/alambique/vol3/iss1/5>

Authors retain copyright of their material under a [Creative Commons Attribution-Noncommercial 4.0 License](#).

La literatura actual responde a las necesidades de un mundo que, para explicarse, requiere de discursos cada vez más complejos. Sus lectores encarnan el desencanto de toda utopía, mediante una serie de cuestionamientos a la realidad en que viven. De allí la necesidad de contrastar la crítica literaria con el pensamiento de autores actuales como Rodolfo Martínez (1965), a quien la hibridación de géneros, historias y literaturas le han permitido descomplejizar el mundo, si de alguna manera esto es posible, y ofrecerle al lector múltiples verdades o perspectivas, en términos de Linda Hutcheon.

Rodolfo Martínez es un escritor asturiano que tiene el don de hibridar géneros literarios con gran erudición y, como él mismo asegura en la presente entrevista: “cuánto más imposible resulte esta tarea, mucho mejor”. De allí que, el término “mestizo” resulte apropiado para entender su trabajo, el cual se alimenta indistintamente de la ciencia ficción clásica, el retrofuturismo, la novela de enigmas, el *hardboiled* y la *Space Opera*. En sus ficciones están siempre presentes las sagas de espías, el cine de aventuras, el rock, los cómics, el terror cósmico y la fantasía. Asimismo, su obra adquiere un sello personal al encontrarse a caballo entre la cultura pop o la “civilización del espectáculo”, como la llama Mario Vargas Llosa, y la alta cultura, a la que T.S. Elliot define como el patrimonio de una elite que se produce y consume con una pretensión de exclusividad.

El trabajo de Rodolfo Martínez puede agruparse en dos categorías: sus novelas de ciencia ficción y sus pastiches de Sherlock Holmes. Es principalmente reconocido por la primera de ellas, la cual lo ha hecho merecedor de premios tan prestigiosos como el Minotauro (2005) o el Ignotus, de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (AEFCFT). Este último se le ha concedido en once oportunidades, destacando siempre la naturaleza pionera de su obra y su enorme contribución al género de la ciencia ficción española, la cual se aprecia en el ciclo de novelas ambientadas en el universo ficticio de Drímar, reeditadas en cuatro volúmenes. Al respecto de *La sonrisa del gato* (1995), obra fundacional de este ciclo, Moreno Serrano asegura que es “una de las pocas novelas cyberpunk existentes en España. Sus coloquialismos y su audacia en la presentación de información, estructura y en algunos de sus personajes hicieron que muchos jóvenes apostaran por el género” (135).

La entrevista que se presenta a continuación se enfoca en la segunda categoría: sus pastiches holmesianos. Estos le han permitido al asturiano imitar estilos y formas literarias, así como valerse de historias y personajes de otros autores mediante los cuales estructura sus ficciones. Todo lo anterior se afianza con el uso de técnicas como el montaje literario, la parodia y la intertextualidad, permitiendo que el mito de Sherlock Holmes, tantas veces representado y adaptado en diferentes ámbitos culturales, se afiance en el mundo hispano.

En sus pastiches holmesianos, Martínez logra capturar el estilo literario de Watson, el narrador, y, respetando “el canon”, como se le conoce a las cuatro novelas y a los 56 relatos escritos por Arthur Conan Doyle, pone a Sherlock Holmes en aventuras en las que llega a codearse con figuras míticas, reales y ficcionales del siglo XIX y XX. Este es el caso de la primera obra de la saga *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* (1996), por la cual recibió el premio Asturias de novela en 1995. En ella entabla un diálogo entre la mitología de horror de H.P. Lovecraft y la racionalidad del detective de Baker Street.

Esta charla llena de *hiperlinks*, lecturas de infancia y musas, se dio en el marco de la XXVII Semana Negra de Gijón, España (6 de julio de 2014). Explora la obra de Rodolfo Martínez a partir de sus lecturas de infancia, las cuales han forjado su visión crítica del mundo permitiéndole especular, tanto en la ciencia ficción como en los pastiches homesianos, sobre una serie de “futuros” donde los cánceres que hoy carcomen nuestro tiempo han sido llevados al límite.

En su artículo *Distopías: la cara “B” del futuro*, usted menciona que “la ciencia ficción es hija de su tiempo (...) Y los oscuros futuros que muestran las distopías, el tenebroso reflejo del presente”, ¿vivimos en la distopía?

No sé cómo veis la situación desde América ni cómo veis a Europa. A mí me parece que estamos retrocediendo a marchas forzadas al siglo XIX, al capitalismo salvaje de la revolución industrial, tanto en cuestión de derechos humanos, de libertades, como del nivel de vida. Así, que si no es una distopía, se le parece mucho (risas).

¿Cuál es la relación entre realidad y literatura distópica?

La literatura funciona como un espejo de la sociedad y puede servir de advertencia o vía de escape. Leer *1984* o *Brave New World* puede ser una forma de evadir la realidad, aunque parezca un contrasentido. En lugar de enfrentarte al mundo real, puedes decir: bueno, estos están peor que nosotros (risas). Así que este tipo de obras pueden cumplir muchas funciones. La novela negra clásica de Raymond Chandler, por ejemplo, tiene algo de espejo deformante. El propio autor decía que en ella se fuerza la verosimilitud, pues aunque lo que se cuenta es realista, en el mundo real no ocurriría en un grupo tan pequeño, ni en tan corto tiempo, ni de forma tan concentrada. Así, la realidad se deforma para que la veamos con mayor claridad. Y eso es precisamente lo que hace la ciencia ficción: presentar una imagen deformada del presente que nos ayuda a comprenderlo mejor. Esa etiqueta que se le ha puesto de que intenta anticipar el futuro o predecirlo es falsa: el arte y la literatura siempre hablan del presente. Esos futuros de la ciencia ficción, por tanto, son un reflejo del presente: un reflejo más oscuro o luminoso, más idealizado o más exagerado, pero un reflejo al fin y al cabo.

¿Tiene la ciencia ficción una conciencia política?

Claro que la tiene. En los años 50 la ciencia ficción norteamericana estaba muy comprometida con su sociedad, vivían la época oscura de McCarthy y “la caza de brujas”. En ese periodo es cuando Frederik Pohl y Cyril M. Kornbluth escribieron *Mercaderes del espacio* (*Space Merchants*), que es una crítica feroz al sistema capitalista. Sin embargo, lo que veo en una época como esta, es que la literatura de ciencia ficción se ha despojado de su carga política, como si viviera apartada del mundo. Supongo soy tan culpable como el que más, porque mi literatura no está comprometida socialmente, al menos de un modo explícito. Como autor me interesan otras cosas y, quizá, debería espabilar y decir: tío, tú también debes poner tu granito de arena.

Siguiendo con el tema de la conciencia política, ¿es posible que los personajes de tus obras venzan el sistema o lo cambien?

Mis personajes pueden ser derrotados, pero jamás se dan por vencidos. Probablemente perderán o morirán trágica y noblemente. Estoy pensando ahora en *Butch Cassidy and the Sundance Kid*, en la escena que salen de la cabañita boliviana con todo el ejército alrededor y empiezan a liarse a tiros. En cierto modo es el final que suelen tener mis personajes: el sistema quizá los mate, pero nunca podrá derrotarlos.

Sus obras se alimentan de la ciencia ficción, así como de la literatura detectivesca y de otros “bichos” raros, de allí que se consideren pastiches literarios, ¿cómo define usted ese término?

La Real Academia Española define pastiche como “Imitación o plagio que consiste en tomar determinados elementos característicos de la obra de un artista y combinarlos, de forma que den

la impresión de ser una creación independiente”. Es una definición que se queda corta y además parece un tanto peyorativa, como si no hubiera nada creativo en un pastiche, sino un mero ensamblaje de elementos preexistentes.

Para mí es otra cosa. Es tomar una obra o un personaje famoso como Sherlock Holmes y aportar tu granito de arena, dar tu propia visión y versión, añadir elementos nuevos al icono. Y en ese aspecto es creativo, por más que sea una creación secundaria. Claro que, si nos paramos a pensarlo un momento, toda creación humana es creación secundaria.

Con la llegada de las nuevas tecnologías el pastiche ha cobrado un nuevo auge, aunque no lo llamamos ya pastiche sino *fan fiction*.

¿Qué es aquello que une y le da cuerpo a sus pastiches?

Supongo que mis lecturas de infancia. Cuando yo era un crío de unos diez años, me encantaban los relatos de Sherlock Holmes, las películas de Tarzán y las de artes marciales, pero también Julio Verne y H. G. Wells y Asimov y los comics de superhéroes y los péplum y el western. De alguna manera, todo eso se amalgamó en tu mente y acabó fusionándose. Para mi mentalidad infantil aquellos héroes de mi infancia vivían todos en un mismo universo, en la misma tierra y podían llegar a conocerse, ¿por qué no? Yo ni me planteaba el hecho de que eran de distintos autores, ni que el uno venía de un cómic, el otro de una novela o aquel de una película.

Cuando empiezo a crear mis pastiches holmesianos, voy trabajando en esa idea, la idea de que Sherlock puede conocer a Superman, a Lovecraft o a Fu Manchú, como pasa en la cuarta novela, bueno, por evidentes problemas de derechos de autor no conoce a Fu Manchú, pero sí a alguien de su estilo. Lo gracioso es que no lo hago de un modo consciente y deliberado: me dejo llevar, voy atrapando las ideas y los personajes sobre la marcha, como si pasasen ante mí y yo me dijera “ah, este sí, este no, aquel podría servirme”.

Imagino que de niño también leía a Isaac Asimov...

Asimov es el primer autor de ciencia ficción que leí. El segundo fue Arthur C. Clarke y Philip K. Dick fue el tercero.

Mi afición por ese género fue culpa de mi padre, quien era lector de ciencia ficción. Yo veía los libros que leía y, especialmente, me llamaban la atención las portadas llenas de colores, de naves espaciales y nebulosas. Un día agarré un libro y me puse a leerlo a escondidas: pensaba que si pedía permiso me iban a decir que no, ya que parecían lectura para adultos. Y mi padre me pilló leyéndolo y le hizo gracia. Me dijo que me iba a traer algo más adecuado para mí, y vino con *The Early Asimov*, sus cuentos primerizos, que aquí en España se habían publicado en tres volúmenes, algo así como Selección 1, 2 y 3. También me trajo *La ciudad y las estrellas* (*The City and the Stars*), de Arthur C. Clarke, que sigue siendo una de mis novelas favoritas, así como *Las arenas de Marte*, del mismo autor. Poco después leí a Philip K. Dick. Se trataba de *Tiempo de Marte* (*Martian time-slip*). Era una traducción bastante terrible. Te estoy hablando de los años 70, donde en general la ciencia ficción se traducía fatal del inglés, y ya imaginarás la traducción de un autor tan difícil como Dick. Me fascinó, aunque me resultó muy difícil, entre otras cosas porque el protagonista es un esquizofrénico y la historia se cuenta desde su punto de vista. Imagínate a un niño de diez años tratando de comprender aquello y, además, mal traducido. Pero algo del espíritu de Dick sobrevivió a la traducción, lo suficiente para fascinarme. Desde entonces esos tres autores están dentro de mis favoritos del género con diferencia.

Si aquellas fueron sus lecturas de infancia, ¿en qué momento se interesa por H.P. Lovecraft y Arthur Conan Doyle, autores que forman parte de su ADN literario?

A Lovecraft lo descubro en la adolescencia, gracias a un amigo que me pasa uno de sus libros: no recuerdo exactamente cuál. Probablemente estarían allí obras como “El modelo de Pickman”, *The Lurking Fear* o *The Dunwich Horror*, que son sus cuentos más clásicos. Esto no lo suelo decir porque hay mucho fan lovecraftiano que monta en cólera si lo oye (risas), pero siempre me pareció un narrador torpe en muchos aspectos. Pero, pese a sus evidencias narrativas, era capaz de transmitir y crear imágenes de auténtico vértigo cósmico, de generar una imaginería muy poderosa, especialmente en los relatos de ciencia ficción de su última época, a partir de *The Call of Cthulhu* y en *At the Mountains of Madness*. Me fascinó toda la mitología que hay detrás, por eso, tarde o temprano, estaba condenado a hacer algo sobre él.

En la misma época descubro a Sherlock Holmes, curiosamente no por la literatura sino por una serie de televisión de la BBC inglesa de finales de los sesenta, en la que Peter Cushing era el protagonista. El personaje me interesó desde entonces y, cuando supe que había libros sobre él, quise leerlos. Empecé por *El signo de los cuatro*, la segunda novela, y me pareció un personaje fascinante y lleno de contradicciones: misógino, cocainómano, arrogante, súper inteligente, caprichoso como un niño trata a Watson con un desprecio absoluto. Un individuo odioso para encontrárselo en el mundo real, pero un personaje fascinante al que, de vez en cuando, lo redimen pequeños destellos de comportamiento emocional. Se convirtió en uno de mis iconos.

¿Cuál es el secreto de un buen pastiche?

Que siga dos normas básicas. La primera, no contradecir lo que el autor original hizo, en el caso de Conan Doyle, las cuatro novelas y los 56 relatos en que Sherlock es protagonista. Y, la segunda, que la obra vaya por sitios jamás explorados por el autor original. En esa tensión entre los dos polos es donde intento encontrar un espacio para contar mis pastiches. En ellos soy lo más fiel posible frente a la obra del autor original y, al mismo tiempo, procuro presentarlo bajo una luz completamente novedosa.

En su novela *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* encontramos a un detective que se enfrenta a una situación de corte fantástico, a partir de su racionalidad y modelo deductivo, ¿cómo es posible este choque entre lo sobrenatural y la explicación racional?

Holmes nunca pierde el punto de vista racional y, de hecho, su máxima es que “una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad”. Pero ¿qué pasa cuando no puedes eliminar lo imposible? Esta cuestión quedó un poco en el aire en la primera novela y fue algo que fue aclarando en las siguientes: Holmes nunca aceptará nada que viole las leyes de la naturaleza. Para él, el término “sobrenatural” es un oxímoron, así que solo puede aceptar la existencia de algo aparentemente sobrenatural suponiendo que está sometido a una ley natural que aún no hemos descubierto. De ahí que en las siguientes novelas, siempre trata de entenderlo todo y de buscar explicaciones, quizá no siempre científicas, pero siempre racionales.

Siendo usted un autor tan respetuoso del canon, ¿cómo percibe la relación entre Holmes y Moriarty, y cómo la desarrolla en su obra?

Lo curioso es que la relación entre ambos se la inventaron los autores posteriores a Conan Doyle. Moriarty aparece dos veces en las obras del canon. Una, en *El problema final*, el relato donde ambos caen a la catarata de Reichenbach, y la otra en una novela bastante posterior, *El valle del Terror* donde Holmes menciona que detrás del asesinato está la sombra de Moriarty. Y ya está.

Así que Moriarty como archinémesis de Holmes es un invento del cine, el teatro, y de todos los autores posteriores. Es curioso que de una figura que se ha visto en tres líneas se haya construido toda una mitología como el reverso tenebroso de Holmes, el doble oscuro, su *doppelgänger*. Esa es la razón por la que en mis pastiches no hablo de Moriarty, parto de la base de que murió en Raihembach, y está muerto y enterrado, y no lo revivo (risas).

La nueva serie de la BBC le ha sacado provecho a la rivalidad entre Holmes y Moriarty, incluso le confieren a este último la categoría de *Consulting Criminal*. ¿Qué aciertos y desaciertos le encuentra a esta serie?

Desaciertos pocos. Quizá en la última temporada se van un poco demasiado hacia la *sitcom*, la comedia de situación: la serie siempre ha tenido elementos de humor, pero hay dos episodios en especial, uno es la boda de Watson, que bien podría haber sido un episodio de *Friends*. Si le tuviera que sacar una objeción, digamos, es que este Holmes es muy poco deductivo. Aunque en ocasiones es brillante, como en el episodio de Irene Adler, suele sacarse cosas de la manga y ni siquiera se toma el trabajo de explicar: esto es así, porque lo digo yo, Sherlock Holmes. Quizá si fuera un poco más purista me molestaría, pero lo cierto es que en el cine y en la televisión siempre me ha pasado que si me funcionan los personajes, y hay química entre ellos, perdono casi todo lo demás. Las películas de *Star Trek* originales son un ejemplo de ello. La mayoría son tirando a malas, pero la química entre Kirk, Spock y McCoy funciona bien, igual que lo hace la que hay entre Martin Freeman y Benedict Cumberbatch. Así que los pequeños defectillos que pueda tener la serie termino obviándolos por completo.

¿De dónde salió la frase: *Elemental, mi querido Watson*?

En sus relatos, Sherlock utiliza la palabra elemental: estas son unas deducciones muy elementales, o cosas así. Pero la frase como tal, creo que viene de la primera obra de teatro basada en el personaje. La acuña William Gillette, un actor americano, por cierto, que además es el responsable de la imagen que tenemos de Holmes siempre con la pipa en la boca. Gillette la usaba en escena porque así disimulaba su acento en los escenarios ingleses.

¿Qué le aporta su obra holmesiana al canon?

Confieso que escribí la primera novela un poco por casualidad. Y fue más el ejercicio de un *fanfic* que otra cosa: simplemente me apetecía escribir algo sobre Sherlock Holmes. No tenía muy claro qué hacer con el personaje, pero sabía que quería hacer algo. Y parte de ese algo era involucrarlo en trama ocultista. Al pensar en eso se me vino a la cabeza el *Necronomicón* casi inmediatamente y eso hizo que toda la trama encajara prácticamente sin problemas. La escribí a un ritmo febril: era como si todo fluyera solo, por sí mismo, sin intervención mía.

Las siguientes novelas me las planteé con más calma, y tuve claro que en la segunda de ellas quería mostrar a un Holmes más crepuscular, más anciano. Por eso lo llevo a la guerra civil española en un momento en que tiene ochenta y pico de años y, tratando de ser coherente con Conan Doyle, lo muestro como un Holmes que repasa su vida y decide no tomársela demasiado en serio, un Holmes que se ríe un poco de sí mismo y de su leyenda. Intenté mostrar un Holmes que sin dejar de ser lo que es, ha perdido un poco de arrogancia y es por tanto más maduro.

En el último libro, quise mostrar a un Holmes joven que todavía no es el que conocemos. Me sirvió la biografía que Baring-Gould escribió del personaje, donde se menciona que Sherlock fue actor shakespereano y estuvo de gira por los Estados Unidos. Esa mención me dio pie para llevarlo allí y poner en un escenario *western* a un Holmes que todavía no es el *consulting detective* que

todos conocemos. Disfruté mucho jugando con un Sherlock joven que se va descubriendo poco a poco a sí mismo. Y confieso que me lo pasé de miedo también porque soy un amante del *western*: ya sea wester clásico de Ford o Hawks como más desmitificador y sucio de Sergio Leone y, por supuesto, el de Clint Eastwood.

De los pastiches holmesianos, ¿hay alguno que le dé un tratamiento original al personaje de Arthur Conan Doyle?

En *La lista de los siete* y *El sexto Mesías*, Mark Frost rompe el modelo de Sherlock como personaje real y Conan Doyle como el agente literario de Watson, quien escribe las historias. Mark Frost hace que Conan Doyle conozca a alguien que le sirve de inspiración para crear a Holmes. Una especie de súper espía a lo James Bond, un tío muy extraño que logra obsesionar a Doyle. Las dos novelas son bastante buenas y Mark Frost es un narrador competente que las lleva con desparpajo. Quizá podría haber explotado un poco mejor la contradicción de Conan Doyle como racionalista extremo con, al mismo tiempo, una tendencia muy fuerte hacia lo místico y lo sobrenatural. Tendencia que se volvió dominante en los últimos años de su vida hasta el extremo de que era tremendamente fácil engañarlo con los timos ocultistas más burdos.

Se sabe que la vida de Arthur Conan Doyle fue tan apasionante como la del mismo Sherlock, ¿se le viene a la cabeza alguna anécdota sobre este autor?

En el libro *Conan Doyle, detective*, Peter Costello cuenta que el autor de Sherlock resolvió varios casos que le quedaron grandes a la policía inglesa, básicamente porque ellos se limitaban a golpear a la gente hasta que apareciera el culpable. Y Conan Doyle les dijo: esta prueba apunta a esto, este indicio lleva a esto otro y el culpable no puede ser este tío sino este. Así resolvió varios casos, porque era un detective bastante racional y escéptico, a pesar de que siempre le interesó el tema del ocultismo como las teorías de Madame Blavatsky. Sin embargo, cuando muere su hijo, se obsesiona con la idea de contactar con el más allá y hablar con él. Ese hombre súper racional, de pronto llega a un punto ciego y se deja engañar de manera increíble con las supercherías más tontas, de esas que dices: ¡coño, si ha levantado la mesa con la rodilla! (risas). Esa contradicción siempre me resultó fascinante y, de hecho, Conan Doyle como personaje literario podría dar mucho juego.

Asimov invertía una gran cantidad de su tiempo escribiendo libros de divulgación científica y, sin embargo, pasó a la historia por su trabajo como autor de la ciencia ficción. Conan Doyle, por su parte, quería ser recordado por su ficción histórica y, sin embargo, lo hizo por la de enigmas. Una cosa es lo que quieren los autores y otra muy diferente lo que decide el destino...

¡El destino tiene un humor retorcido! (risas). Conan Doyle hizo varias novelas históricas al estilo de Sir Walter Scott, la más famosa es *The White Company*. Supongo que sabes la anécdota, pero mata a Sherlock Holmes porque está harto de él. Ya había intentado matarlo antes, pero: ¡ni se te ocurra!, le dijo su madre. Ella era *fan* del personaje, y él le tenía verdadero pánico; de hecho la llamaba “la señora”. Doyle estaba harto de hacer ese tipo de relatos, porque escribir una novela policiaca es complicado, el tener que imaginarse un misterio, solucionarlo bien, lograr que encajen los personajes. Tardó casi diez años en resucitarlo, y lo hizo más con resignación que deseo.

Además lo resucita en un texto bastante regular a nivel literario.

Sí, en *The Adventure of the Empty House*. Este relato no es nada del otro mundo, pero a esas alturas ya no importaba, porque los *fans* tenían tantas ganas de Sherlock Holmes que se conformaban con lo que les dieran. Lo gracioso es que ya antes lo había resucitado en *The Hound of the Baskervilles*, novela escrita en ese lapso de 10 años, pero que sucede antes de que Sherlock muera. Conan Doyle quería hacer terror gótico. Tenía la historia de un sabueso infernal, pero esta no le funciona hasta que decide meter a Holmes en el asunto (risas). El hombre tuvo que pasarla fatal. A partir del momento en que resucita el personaje es como si se hubiera resignado: escribe Sherlock Holmes prácticamente hasta el final de sus días.

¿El hecho de pasar por el inframundo y regresar a la vida hizo que Sherlock Holmes evolucionara como personaje?

Evidentemente después del “hiato”, como se le conoce al periodo en que Sherlock estuvo muerto, hay un cambio en él. Ahora es un Holmes un poco más humano y menos arrogante, menos cínico quizá. Es un Sherlock que de vez en cuando tiene rasgos “humanos” que lo redimen, de lo contrario sería bastante odioso. Recuerdo un relato en que Holmes cree que han herido a Watson y se abalanza sobre él: ¡Watson, Watson, tienes que estar vivo! Y cuando se da cuenta que sigue vivo, le dice: ¡Ah, bueno, bueno! (risas). Si recuerdas, hay un episodio de la serie clásica de *Star Trek* que se llama *Amok Time*, donde Spock cree que han matado a Kirk y cuando lo ve, dice: ¡Jim!, y se le ilumina la cara. Kirk (o quizá es McCoy, no estoy seguro ahora) le pregunta que estaba preocupado. Y él le dice que no, que era el alivio habitual de saber que estaba bien (risas). De hecho Spock siempre me ha parecido un personaje holmesiano; como en esa manía de esconder emociones: las tiene, pero hace como si no estuvieran allí. Se ha hablado muchas veces de los hijos apócrifos de Sherlock Holmes, como Nero Wolfe o el propio Doctor House, pero creo que nunca se ha hablado de Spock como tal. Salvo, quizá, Nicholas Meyer, autor holmesiano que tiene una novela que se llama *The Seven-Per-Cent Solution: Being a Reprint from the Reminiscences of John H. Watson, M.D.*, donde enfrenta a Holmes con Sigmund Freud. Meyer también dirigió un par de películas de *Star Trek*, de hecho en *The Undiscovered Country* hay un momento en que Spock dice: “como dijo un antepasado mío, cuando se ha eliminado lo imposible, lo que queda por improbable que resulte es la verdad”. Lo cual no me extraña, porque Nicholas Meyer es un holmesiano de tomo y lomo, y el chistesito era inevitable.

Y sabiendo que el destino tiene un humor retorcido, ¿por qué género literario le gustaría ser recordado?

Procuró no hacerme ese tipo de preguntas. Soy un escritor competente, y no es falsa modestia; sin embargo, ninguna de mis novelas se puede considerar una obra maestra. Sospecho que dentro de cien años no me seguirán leyendo, y no lo digo con pena ni lamentación. Sé que ahora mismo mis novelas gustan lo suficiente para que pueda seguir escribiéndolas y publicándolas, pero no tengo claro que sea recordado dentro de cien años, bueno, quizá en una nota al pie de página.

En todo caso ser recordado por mi obra de ciencia ficción porque este género fue mi primer amor y, de cierta manera, siempre acabo volviendo a él.

Obras citadas

- Elliot, Thomas Stearns. *Notes towards the Definition of Culture*. Faber & Faber, 2010. Print.
- Hutcheon, Linda. *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*. New York: Routledge, 1989. Print.
- Martínez, Rodolfo. “Distopías: la cara “B” del futuro.” A quemarropa. 5 Julio 2014. Print.
- . *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos: tal y como fue narrada por el doctor Watson*. Madrid: Alamut Ediciones, 2008. Print.
- . *El carpintero y la lluvia*. Gijón: Sportula, 2010. Print.
- Moreno Serrano, Fernando Ángel. “Notas para una historia de la ciencia ficción en España.” *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 25 (2007): 125 - 138. Web. 27 jun. 2015.
- Llosa, Mario Vargas. *La civilización del espectáculo*. Alfaguara, 2012. Print.